

Notas al margen del Coloquio de Invierno

Mabel Piccini *

1. **The times they are a-changin': ¿hacia un Nuevo Orden Mundial?**

No deja de sorprender que, desde sus inicios, el Coloquio de Invierno propusiera como eje de reflexión una consigna de inequívoca filiación conservadora y, sobre todo, que muchos de los participantes la admitiera como referencia sin mayores discusiones. De tal modo, la interrogación acerca del *nuevo orden mundial* fue punto de partida del programa y de las intervenciones de un heterogeneo conjunto de intelectuales, europeos y americanos, convocados para analizar "los grandes cambios de nuestro tiempo". Si, como es evidente, no hubo azar en la elección de la fórmula lingüística cabe inferir que el Coloquio se alineó, con los alcances y excepciones del caso, en una particular concepción de las políticas actuales.

A un año de la guerra del golfo Pérsico, la consigna acuñada por George Bush como expresión de

* Profesora e investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM xochimilco.

la nueva voluntad de dominio de la metrópoli, parece haber cumplido con creces su efecto ideológico por poco que nos detengamos a considerar su poder de irradiación en los campos políticos e intelectuales y, lo que es más notable, en los discursos de aquellos que hoy, desde las periferias, se preguntan por el destino de México y América Latina ante los veloces cambios impuestos por las sociedades desarrolladas.

Haber admitido la consigna sin mayores vacilaciones -¿cómo dudar de su indesmentible fuerza tranquilizadora, por no decir apaciguadora?- implica por lo menos un acuerdo tácito con lo que la consigna presupone y proyecta: la existencia real o virtual de un Orden que regularía, garantizándolo, el equilibrio de las fuerzas participantes en la aldea global de fin de milenio.

¿Nuevo orden o nuevo desorden mundial?

No todo fue aceptación, sin embargo Samir Amin jugó por lo menos con la duda: ¿nuevo orden o nuevo desorden mundial? Entre esas variables, y la recomposición de los equilibrios inestables entre los polos, se desarrolló el Coloquio de Invierno. Fiel al espíritu de la época, los organizadores del encuentro (la Universidad Nacional Autónoma de México, la revista *Nexos* y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes) se propusieron una moderada combinación de perspectivas sumando voces de relativa heterogeneidad con el fin de ratificar, como se dijo, su vocación por la tolerancia y el pluralismo. Tentaciones del discurso público, podríamos agregar, y mitos de los circuitos cerrados porque, como es visible, la primera evidencia -adhesión a una consigna de fuertes connotaciones políticas- indicaría que el famoso pluralismo reposa, al fin de cuentas, en la imposición de ciertas y determinadas reglas: denunciar o condenar en nombre de la democracia los fundamentalismos siempre que éstos no sean la expresión de la política de los aliados o de los posibles aliados.

Los problemas planteados en relación al "nuevo orden mundial" fueron los conocidos en las agendas

políticas de actualidad: el derrumbe del bloque socialista y la redefinición de los grandes poderes en los procesos de globalización, las economías multinacionales y la concentración creciente de las tecnologías y el conocimiento científico; a la par, paradójicamente, el resurgimiento de los nacionalismos, las tribus, las etnias, y un nuevo aliento, se dijo, para restablecer "los equilibrios regionales" en las nuevas escenas políticas, culturales y económicas; la creciente voluntad de "democracia" de las naciones -pero sobre todo de los *pueblos*- casi siempre referida a la celebración de los procesos de modernización y del mercado libre y el costo relativo, -porque el futuro será nuestro- que deberán pagar los países y las clases objetos de exclusión o marginalidad en el presente para entrar plenamente a la modernidad.

A la par, las preguntas relativas al horizonte de creencias, expectativas y demandas culturales de las diferentes sociedades, se sucedieron de manera previsible: ¿crisis de las ideologías, de las culturas, de la civilización? ¿revolución tecnológica y creciente homogeneización y globalización de las culturas y los mercados simbólicos? ¿pérdida de las identidades nacionales ante los tiempos veloces de los poderes centrales y los tiempos lentos de la tradición y las culturas locales? ¿tensiones entre cultura, tradición y modernidad? ¿nuevas modalidades de "hacer política" en la configuración de los "modernos" sistemas democráticos?

Las tareas que resultaron de los diagnósticos y de los proyectos políticos -implícitos o explícitos- de un número considerable de ponencias podrían sintetizarse en la proposición que Carlos Fuentes lanzó en la lección inaugural del Coloquio y que de alguna manera marcaría el curso de las reflexiones posteriores : "Necesitamos elaborar las dimensiones (...) del 'postcapitalismo' una economía de mercado con responsabilidad cívica, seguridad social y dimensión espiritual".

Postcapitalismo:
al rescate de la dimensión espiritual de los pueblos.

Si esta frase iluminada nos sirve de guía podríamos agregar que, a pesar de -o tal vez por- la complejidad de los hechos planteados lo que prevaleció fue una tensión repetida por regular (es decir: disimular) los desequilibrios, las desigualdades y las contradicciones que los más simples datos empíricos puestos sobre la mesa parecían lanzar a la discusión. En el mismo registro, se impuso una voluntad de encontrar fórmulas de conciliación toda vez que se volvían evidentes las más extremas fracturas entre norte-sur, este-oeste y las razones geopolíticas de los poderes centrales exhibían crudamente la proyección de un futuro difícilmente clasificable entre las coordenadas del Orden.

El horizonte discursivo del Coloquio se desplegó, por lo tanto, hacia todas las fórmulas conocidas de la moderación y la prudencia al punto que podría decirse que la *Realpolitik* en acción no posee otra cobertura filosófica que los dispositivos retóricos más acendrados del sentido común. Imposible olvidar ante esta cauda de *topos* y *tropos*, el inventario que Roland Barthes proponía para una clasificación general de las figuras míticas en el lenguaje ordinario: en particular aquella que remite a la idea o representación de la *balanza* (el *ni-ni*): ni tanto ni tan poco, ni un extremo ni el otro para finalmente recaer en un habla *despolitizada*. Se huye de lo real, que resulta intolerable -decía Barthes- reduciéndolo a dos contrarios que se equilibran por el solo hecho de haberlos vuelto formas, aliviados de su peso específico. Estos pases mágicos redujeron la constelación semántica del Coloquio a un régimen de relativa -o equívoca-sencillez. No es de sorprender, pues, que las palabras o las frases más invocadas fueran las que por la propia fuerza de la invocación expulsan el caos del universo del sentido: orden, democracia, diálogo, equilibrio de fuerzas, coexistencia (del nomadismo rico con el nomadismo pobre, del jet con el burro de carga, de la aldea local

Modernizar:
la fórmula del equilibrio y el firmamento de la equidad.

con la aldea global, de las telecomunicaciones y satélites con las culturas regionales), tolerancia ante la diversidad, redistribución de poderes ante la "creciente presencia" de la voluntad popular, recomposición y extensión del mercado para repartir las riquezas acumuladas en pocas manos hacia un ideal "plausible" de justicia social, cooperación y colaboración entre clases sociales y países.

En fin, el discurso de la democracia posible en todo su esplendor; la recuperación, finalmente, de los ideales del siglo XVIII que como toda filosofía no está expuesta, de manera directa, a las pruebas de la historia o, para decirlo al revés, las pruebas de la historia (algunos de los datos del capitalismo en acción) convertidas en fragua de posibilidades futuras y eximidas de juicio por el potencial -comparativo- de sus virtudes. Aún más sorprendente: de la exaltación del universo liberal y el mercado sin fronteras -lo abstracto- no hubo transición alguna hacia las fórmulas que permitían reivindicar las antiguas categorías de nación y nacionalidad, defender los principios de identidad o exaltar el espíritu de los pueblos. ¿Lo concreto?

2. Blowin' in the wind. El tiempo lento de las aldeas locales

¿Todos somos holandeses, como metaforizó Fuentes, tratando de ganarle terreno al mar? ¿es posible una coincidencia "entre la producción y el deseo", como trató de imaginar Flores Olea? ¿existe algún punto en que la modernidad tecnológica y la concentración de la riqueza y el poder pueden ser compatibles, en nuestras sociedades, con "la justicia social" y las libertades democráticas, según se propuso desde los discursos de la modernización? ¿cómo seguir justificando, en el continente, la modernización del atraso a título de una integración desigual y subor-

La frase:
"todos somos holandeses tratando de ganarle terreno al mar".

subordinada ante los nuevos equilibrios de fuerza? ¿cuál es el sentido real de la defensa, en los modernos cónclaves académicos, de los "valores espirituales" de nuestros pueblos? ¿cuáles son los objetivos, en plena aldea global, del discurso que hoy permite en la resaca reflotar el problema de la "identidad nacional"? ¿qué es lo que sostiene, con tal perseverancia, la actual reflexión sobre la idea de nación y nacionalidad? ¿tal vez que los pueblos (o mejor dicho, sus intelectuales) ya no tienen mucho más que defender y que a falta de otras causas hay que recurrir a una historia de imaginado esplendor?

La exhortación: "todos debemos cooperar con un proyecto de modernidad." ¿Debemos todos cooperar, como se sostiene en la primera Lección del Coloquio, con un nuevo proyecto de modernidad que no excluya a nada y a nadie y pueda ser compartido por tantos como sea posible, sin violentar la tradición cultural de cada cual?"

Nada, nadie, tantos, cada cual parecen ser los objetos de la donación solidaria de los *otros*, suponemos que se trata de aquellos que pueden todavía ejercer las tareas o la vocación de donar (¿acaso los políticos o los empresarios, tal vez los intelectuales como casta privilegiada en ciertos cenáculos de los tiempos modernos?) No está claro, por lo visto, quiénes son los destinatarios que el discurso, o el enunciador más propiamente, convierte en pronombre indeterminado o en una abstracción (¿cada cual? ¿los individuos? ¿los grupos? ¿los desposeídos? ¿las clases subordinadas? ¿o esta clasificación es demasiado comprometedora en el ocaso de la modernidad? ¿a quién va dirigida la exhortación? ¿quiénes son los sujetos de la acción, o con más rigor, del pacto de solidaridad?

¿Debemos o podemos todos, como los holandeses, ganarle terreno al mar? ¿Todos?

Las fórmulas que tienden a la generalización y universalización de un supuesto deseo compartido por las comunidades parecen estar a la orden del día. Son, porque su alineación es inocultable, la materia

misma del discurso político oficial. La exhortación en favor de la unidad y de una "causa común" -sin ir más lejos, la identidad de una herencia compartida: la lengua, las costumbres, o un cierto estilo de vivir la vida- aparte de su fuerte adscripción a una aña moral pública (y a veces puritana) tiene también la notable capacidad de soslayar las diferencias, disimulando las contradicciones y las fracturas reales que atraviesan el cuerpo social. Sobrevivir para los países periféricos es la historia de un interminable proceso de integración, según la nueva terminología (o de subordinación e inscripción desigual si preferimos ser más rigurosos con la realidad) a los poderes centrales y a las reglas que fijan los poderosos.

Quizás por estas razones muchas de las ponencias apelaron más a las fórmulas de la poética que de la política a la hora de definir cuestiones tan espinosas como nación, nacionalidad o nacionalismos. Como lo señaló Aguilar Camín recurriendo a las figuras retóricas de moda, "fundar una nación es de alguna manera inventarla, imaginarla y reconocerla colectivamente como algo único, propio, independiente de la voluntad y el poder de los otros". Sólo que se le escapó un matiz fundamental: sin "los otros" no existe identidad ni configuración de una personalidad propia, somos quienes somos por diferencia y contraste con los restantes países. Claro está que de haber tomado en cuenta el carácter relacional de la geopolítica habría resultado imposible sostener el ideal del país soberano, "independiente de la voluntad y el poder de los demás".

Las paradojas se sucedieron a lo largo del Coloquio hasta convertirse en recurso de estilo. Pero el estilo suele ser a veces un recurso de las buenas conciencias. En este caso, las buenas conciencias intentaron atenuar, en nombre del pluralismo, la tolerancia y el afán de cooperación, evidencias tan evidentes, al fin del milenio, como la amenaza de guerras, el recrudescimiento de los fundamenta-

De la nueva poética:

"fundar una nación es de alguna manera inventarla, imaginarla y reconocerla colectivamente como algo único, propio, independiente de la voluntad y el poder de los otros".

lismos en occidente y oriente, el racismo, las diferentes modalidades del autoritarismo o la creciente explotación y desigualdad de naciones y comunidades enteras.

Nada más persistente en algunas intervenciones que la celebración de las figuras clásicas, esperanzadoras, de la democracia en un mundo en que la democracia como justificación del libre mercado representa, a lo sumo, la libertad de los mercaderes, para retomar la expresión de Fernando del Paso. Ese orden que se expresa en la actualidad, ni más ni menos que en épocas anteriores, en "el hacinamiento de las periferias" para que de las sombras se proyecte el mundo de la luz, la modernidad y las culturas portátiles.

3. Blues again. El pasado que vuelve

El neobarroco político americano: del deseo al alma nacional.

Lo curioso de estas reflexiones de fin de siglo reside menos en sus aspectos propositivos (aunque, como es obvio, existe un *proyecto*) que en su sostenida vocación por restablecer los mitos del orden en su doble aspecto de figura del lenguaje y de representación de la escena política. Porque, sin duda, lo que produjo un extraño efecto de espejismo en muchas de las intervenciones del Coloquio fue el conjunto de mecanismos de ocultación que se pusieron en juego para esquivar los datos de la terca realidad y, también, para sustentar una dramaturgia (la llamada "modernización") que aparece como la inversión y negación sostenida de la historia de nuestros países. Algo así como la escena de las tragedias clásicas. El discurso circular impuso sus reglas ahora transfiguradas por la posibilidad de recurrir a un nuevo culto que podríamos designar como el neobarroco político americano.

Esta vocación de estilo tal vez explique la recurrencia a señas del lenguaje más próximas a las reglas

de la ficción que a las de la realidad. Casi nadie, en sus respectivos discursos (o *lecciones*), pudo sus- traerse a un léxico antes fuertemente resistido en las disciplinas sociales y políticas: se habló esta vez, sin cortapisas, de la *invención*, la *imaginación*, el *deseo*, la *voluntad*, la *creatividad*, el *espíritu* o en su defecto el *alma nacional*, entre otras expresiones de similar estirpe.

"¿No podríamos (...) *inventar* en la América Latina, se preguntaba Fernando del Paso, un naciona- lismo elegante y generoso, compartido, un nacionalismo que cumpla (...) la imperiosa necesi- dad de defender aquello que distingue a una comu- nidad de otra?"

"Mientras conser- vemos intacta la memoria de los pueblos..."

De allí en más, de acuerdo con estos proyectos de la "imaginación", el mundo de las periferias tendr- ía ante sí un reto particular: la defensa de su cultura y sus tradiciones, la preservación de la iden- tidad nacional, el rescate de la memoria colectiva. La reivindicación de la *materialidad* de las culturas, en este contexto discursivo y político, fue una de las paradojas centrales del Coloquio. De pronto la *pro- ductividad* de las prácticas culturales asumió en los discursos un valor emancipatorio, *espiritual*, una efi- cacia simbólica que por poco que se analice parece ser un modo de compensar –y en sus extremos, jus- tificar– la expropiación histórica perpetrada en to- dos los demás ámbitos.

A la marginalidad creciente de los países de la región, según esta lógica, habría que contraponer, valorándolas y enaltecéndolas, las virtudes más lu- minosas de "la memoria intacta de los pueblos" y el valor de las tradiciones.

Extraños malabarismos del lenguaje que no sólo ratifican los alcances y objetivos del Nuevo Orden Mundial (como [d]escriben -con mayúsculas- el de- sorden de las sociedades contemporáneas los funcio- narios del Coloquio) sino que a la vez soslayan cualquier responsabilidad ante las nuevas políticas

mundiales y nacionales de exclusión y explotación de los pueblos "premodernos".

Dentro de esta línea argumentativa se expresó, por ejemplo, Víctor Flores Olea: "Durante los años cincuenta, sesenta y setenta, perseguimos con denuesto la idea de que el desarrollo y el progreso serían la omnimoda posibilidad del futuro. Y, en efecto, hubo un crecimiento real, pero también una *falsa riqueza* que nunca satisfizo nuestras expectativas. Y lo peor: el esquema desarrollista negaba otras alternativas y cerraba posibilidades.

Olvidamos que no podemos reducir nuestro espacio a una convivencia puramente material, que somos un grupo de naciones, un "cuerpo moral de gente", como define Antonio de Nebrija al conjunto de hablantes de una misma lengua, *un vastísimo ser ético y cualitativo*. (Los subrayados son míos).

4. Strawberry fields for ever. El futuro que no llega

La moda *retro* en los campos intelectuales.

El "cuerpo moral de gente" está en vías de extinción, no sólo por los mestizajes lingüísticos sino por todos los demás; como en el caso de las tortugas gigantes y las ballenas grises el futuro no parece asegurar la sobrevivencia ni favorecer la dignidad de las especies naturales ni de las históricas. Sin embargo, la reflexión sobre una ética abstracta así como la que renueva la fe en la "identidad de los pueblos" ya es parte de la moda *retro* en los campos intelectuales. Reitera la vieja discusión sobre la idiosincracia y el espíritu de las naciones (S. Ramos, O. Paz, J. Portilla, E. Martínez Estrada); reitera también el discurso político oficial que habla en nombre de todos para proponer la conciliación de las voluntades dispersas y, en la mayoría de los casos, inconciliables.

Pero, como es sabido, en la actualidad el problema no consiste sólo en la dispersión de las voluntades sometidas a los despojamientos más extremos

(de la seguridad, de la iniciativa política en las decisiones colectivas y hasta del derecho a la sobrevivencia) sino en la dispersión, lisa y llana, de los cuerpos que, en épocas de migraciones forzadas o de exilios no buscados, inician el éxodo hacia otros horizontes para proteger cosas tan elementales como la vida.

Vivimos, y heredamos, las culturas del desarraigo; en esos espacios del *nowhere man*, el origen o el deseo de arraigo cede lugar a la conquista de precarias zonas de seguridad en las que los valores espirituales, por su propia naturaleza, son bastante más ingravidos que lo que fue "la conquista de la América" para los inmigrantes de principios de siglo. No deja de sorprender que estos tiempos marcados por las migraciones, las tecnologías a distancia y las grandes corporaciones multinacionales sea el tiempo en que la nueva casta de intelectuales intenta exhumar "el espíritu y la tradición de los pueblos" como principio de sobrevivencia colectiva o como recurso político para mantener una unidad inexistente. O que, ante las amenazas que se vislumbran a partir del "nuevo orden mundial", se pueda vaticinar, como ocurrió en el Coloquio, que "se corre el peligro de, en estos negocios, perder el alma nacional de la que hablaba Reyes".

Las coincidencias entre nación y cultura.

Todo parece indicar que, a falta de mejores opciones, la nueva veta a explotar son los yacimientos culturales, porque, como se dijo, Latinoamérica tiene ante sí una historia de enorme pluralismo y vastos territorios de una memoria aún intacta (V.F.O.). Los paisajes inmateriales son probablemente una de las nuevas debilidades de la antropología política, y en particular de la antropología política de nuestros países: en América, por fortuna -agregó alguien más- no existen los separatismos porque hemos logrado, en estos quinientos años, que la nación y la cultura coincidan (C.F.). Por esta ejemplar -e idealizada- herencia histórica, el continente estaría en condiciones de mediar entre los extremos del capi-

talismo y el comunismo, entre la economía global y las balcanizaciones políticas.

En Latinoamérica hemos llegado por fin a un "estado moderno de madurez política".

Ni rastros del continente perdido, ¿problemas de desarrollo en los ochenta como se dijo en las Naciones Unidas? Error de apreciación, según las consideraciones de los defensores de México y el continente profundo. La década del ochenta, postularon algunos, es "el periodo en que Latinoamérica accede a su estado moderno de madurez política". ¿Democracias imperfectas y sometidas a poderes e intereses nacionales e internacionales y a posibles dictaduras? ¿atropello a los derechos humanos? ¿empobrecimiento -moral y material- de las mayorías silenciosas? ¿desarticulación y descomposición de los partidos políticos? ¿débil presencia de los movimientos sociales mientras se intensifica el crecimiento de la sociedad de los espectadores? Espejismos, nuevamente espejismos. Ahora, "pluralidad ya no significa distancia sino diálogo, la democracia se asienta y extiende por el subcontinente, se desvanece la denominación de "tercer mundo" y surge la evidencia de que habitamos todos un solo mundo y que más vale dejar atrás la falta de colaboración, las intervenciones, los paternalismos y los antagonismos por motivos de interés". (V.F.O.)

5. Posdata

El proyecto de defender las culturas "iberoamericanas" como un lazo de continuidad en el continente parece, cuando menos, un recurso *in extremis*. El recurso del método o los métodos de la simulación nos están acostumbrando también a una forma fantasmagórica de plantear equivalencias (por derecho y en pie de igualdad ahora pertenecemos al primer mundo o al planeta según se considere la cuestión). Estos recursos, del método y de la simulación, pertenecen en casi todos sus registros al ámbito de la

magia social: por ello es posible afirmar en ciertos círculos, y contra toda evidencia, la consolidación de la democracia en territorios devastados históricamente por el autoritarismo, la desmovilización y el silencio impuesto a las mayorías y hasta inventar, a modo de inevitable conclusión, "la explosión de la sociedad civil" en los diferentes países del continente. Y esta última, la figura retórica por excelencia dentro de ciertas sociologías contemporáneas, es carta de triunfo en los nuevos discursos de la democracia. Asistimos, parece ser, si confiamos en las variadas intervenciones del Coloquio, a una nueva escena política en América Latina: la organización de los pueblos de abajo hacia arriba y de la periferia a los centros, con lo que estamos ante la aparición de una nueva cultura política en la que la "movilización permanente es un movimiento constante de socialización de la vida pública". Ahora los ciudadanos, como nueva fuerza que replantea el ejercicio del poder, irrumpen en la vida política desplazando la representación abstracta del Estado.

En el momento en que estoy finalizando estas notas me entero que se ha producido un golpe o un autogolpe (?) de estado en el Perú y que Fujimori sobrevive en perfecta salud encabezando el movimiento militar. Al mismo tiempo los noticieros dan a conocer que los países civilizados, y en primer lugar los Estados Unidos, han manifestado su enérgico repudio ante este atentado contra las instituciones del mundo libre que pone en riesgo la democracia en el continente. Encuestas realizadas a última hora indican, además, que el setenta y tres por ciento de la población, en Lima, apoya el movimiento anticonstitucional y expresa su solidaridad al presidente y a las fuerzas militares.